

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

SUSAN SONTAG

PROYECTO PARA UN VIAJE A CHINA

I

Me voy a China.

Atravesaré el puente Luhu que cruza el río Sham Chun entre Hong Kong y China.

Después de pasar un tiempo en China, atravesaré el puente Luhu que cruza el río Sham Chun entre China y Hong Kong.

Cinco variables:

Puente Luhu

Río Sham Chun

Hong Kong

China

Gorras de visera

Contemplemos otras posibles permutaciones.

Nunca he estado en China.

Siempre he deseado ir a China. Siempre.

II

¿Este viaje mitigará un anhelo?

P. (ganando tiempo): ¿El anhelo de ir a China, quieres decir?

R. Cualquier anhelo.

Sí.

Arqueología de los anhelos.

¡Pero es toda mi vida!

No te aterrorices. “La confesión no es nada, el conocimiento lo es todo”. Se trata de una cita pero no revelaré quién lo dijo.

Pistas:

—un escritor

—alguien sabio

—un austríaco (o sea, un judío vienés)

—un refugiado

—falleció en Estados Unidos en 1951

La confesión soy yo, el conocimiento son todos.

Arqueología de las concepciones.

¿Se me permite un retruécano?

III

La concepción de este viaje es muy antigua.

¿Cuándo fue concebido por primera vez? Tanto como puede remontarse mi memoria.

—Investigar la posibilidad de que yo fuera concebida en

China, aunque nací en Nueva York y me crie en otra parte

(Estados Unidos).

—Escribir a M.

—¿Telefonarle?

Relación prenatal con China: algunos alimentos, quizá. Pero no recuerdo haber oído decir a M. que le gustara realmente la comida china.

—¿Acaso no dijo que en el banquete del general escupió

en la servilleta todo el huevo centenario?

Algo que se filtró a través de las membranas vasculares, de todos modos.

La China de Myrna Loy, la China de Turandot. Las hermosas, millonarias hermanas Soong de Wellesley y Wesleyan & sus maridos. Un paisaje de jade, teca, bambú, perro frito.

Misioneros, asesores militares extranjeros. Traficantes de pieles en el desierto de Gobi, entre ellos mi joven padre.

Las figuras chinas del primer salón que recuerdo (nos mudamos de allí cuando tenía seis años): un desfile de rollizos elefantes de marfil y cuarzo rosado, angostos rollos de caligrafía negra sobre papel de arroz enmarcados en madera dorada, el Buda Glotón inmovilizado bajo una amplia pantalla de tensa seda rosada. El Buda Compasivo, esbelto, de porcelana blanca.

—Los historiadores del arte chino distinguen la porcelana

de la protoporcelana.

Los colonialistas coleccionan.

Trofeos que trajimos, trofeos que dejamos atrás en homenaje al otro salón, en la auténtica casa china, la que nunca vi. Objetos no representativos, opacos. De dudoso gusto (aunque esto solo lo sé ahora). Querencias que me confunden. El regalo de cumpleaños: una pulsera con cinco pequeños fragmentos tubulares de jade verde y un baño de oro en cada diminuto extremo, que nunca usé.

—Colores del jade:

verde, de todas clases, principalmente verde esmeralda

y verde azulado

blanco

gris

amarillo

parduzco

rojizo

otros colores

Una certeza: China inspiró la primera mentira que recuerdo haber dicho. Al ingresar en el primer grado, conté a mis compañeros que había nacido en China. Creo que se quedaron impresionados.

Sé que no nací en China.

Las cuatro causas por las que deseo ir a China:

material

formal

eficiente

final

El país más antiguo del mundo: se necesitan años de arduo estudio para aprender su idioma. El país de la ciencia ficción donde todos hablan con la misma voz. Maotsetunguizada.

¿De quién es la voz de la persona que desea ir a China? Es la voz de una niña. Menor de seis años.

¿Viajar a China es como viajar a la Luna? Os lo contaré cuando vuelva.

¿Ir a China es como nacer de nuevo?

Olvidad que fui concebida en China.

IV

No solo mi padre y mi madre sino también Richard y Pat Nixon han estado en China antes que yo. Por no hablar de Marco Polo, Matteo Ricci, los hermanos Lumière (o por lo menos uno de ellos), Teilhard de Chardin, Pearl Buck, Paul Claudel y Norman Bethune. Henry Luce nació allí. Todos sueñan con regresar.

—¿Acaso M. se mudó de California a Hawái hace tres años

para estar más cerca de China?

Después de regresar definitivamente en 1939, M. solía decir: “En China, los niños no hablan”. Pero el hecho de que me contara que, en China, eructar en la mesa es una forma cortés de manifestarse satisfecho por la comida no quería decir que yo pudiera hacerlo.

Fuera de casa, resultaba verosímil que me inventara lo de China. Sabía que mentía cuando contaba en la escuela que había nacido allí, pero dado que solo se trataba de una pequeña parte de un bulo mucho mayor y de más envergadura, lo mío era hartamente disculpable. Enunciada al servicio de la mentira mayor, mi mentira se convertía en una especie de verdad. Lo importante era convencer a mis compañeros de que China existía realmente.

¿Mentí por primera vez antes o después de anunciar en la escuela que era huérfana a medias?

—Eso era verdad.

Siempre he pensado: nadie puede llegar más lejos que China.

—Aún es verdad.

Cuando tenía diez años, excavé un hoyo en el patio trasero. Me detuve cuando medía dos metros de largo por dos de ancho por dos de profundidad. “¿Qué te propones hacer? —me preguntó la criada—. ¿Excavar hasta China?”

No. Solo quería tener un lugar donde sentarme. Cubrí el hoyo con tablones de dos metros y medio de largo: el sol del desierto quema. La casa donde vivíamos entonces era un chalet estucado de cuatro habitaciones que se levantaba sobre un polvoriento camino en el confín de la ciudad. Los elefantes de marfil y cuarzo habían sido subastados.

—mi refugio

—mi celda

—mi estudio

—mi tumba

Sí. Deseaba excavar hasta China. Y salir disparada por el otro extremo, cabeza abajo o

caminando con las manos.

El casero vino un día en su jeep y dijo a M. que había que rellenar el hoyo en menos de veinticuatro horas porque era peligroso. Cualquiera que atravesara el patio por la noche podría caer en él. Le mostré que estaba totalmente cubierto con tablones, tablones sólidos, excepto en la pequeña entrada cuadrangular del lado norte por donde yo misma apenas podía entrar con dificultad.

—Además, ¿quién iba a atravesar el patio por la noche?

¿Un coyote? ¿Un indio extraviado? ¿Un vecino tuberculoso

o asmático? ¿Un casero colérico?

Dentro del hoyo, escarbé una cavidad en la pared oriental y allí coloqué una vela. Me sentaba en el suelo. El polvo se filtraba entre las rendijas de los tablones y me caía en la boca. Estaba demasiado oscuro para leer.

—Al saltar dentro, nunca me preocupaba la posibilidad

de caer sobre una serpiente o un monstruo de Gila

enroscado en el fondo del hoyo.

Rellené el hoyo. La criada me ayudó.

Tres meses después volví a excavarlo. Esta vez fue más fácil, porque la tierra estaba removida. Al recordar el episodio de Tom Sawyer y la cerca que había que blanquear, recluté a tres de los cinco chicos de Fuller que vivían enfrente para que me ayudaran. Les prometí que podrían sentarse en el hoyo cuando yo no lo usara.

Sudoeste. Sudoeste. Mi infancia en el desierto, desequilibrada, seca, calurosa.

He estado pensando en las siguientes equivalencias chinas:

China

Me gustaría estar en el centro.

El centro es tierra, amarillo; dura desde el final del verano hasta ya entrado el comienzo del otoño. No tiene pájaro, ni animal.

Compasión.

V

Invitada por el gobierno chino, viajaré a China.

¿Por qué a todos les gusta China? A todos.

Cosas chinas:

comida china

lavanderías chinas

tortura china

Naturalmente, China es demasiado grande para que la entienda un extranjero. Pero también lo son la mayoría de los lugares.

Por el momento no pregunto por la “revolución” (la revolución china), sino que procuro entender el significado de la paciencia.

Y de la crueldad. Y de la infinita vanidad de Occidente. Probablemente los oficiales condecorados que dirigieron la ocupación anglo-francesa de Pekín en 1860 zarparon de vuelta a Europa llevando consigo baúles de baratijas chinas y respetables ensueños de regresar algún día a China como civiles y expertos.

—El Palacio de Verano, la “catedral de Asia” (Victor Hugo),

saqueado e incendiado.

—Gordon de China.

La paciencia china. ¿Quién asimila a quién?

Mi padre tenía dieciséis años cuando viajó por primera vez a China. M. tenía, según creo, veinticuatro.

Aún lloro cuando, en una película cualquiera, veo una escena en la que un padre regresa al hogar después de una larga y desesperada ausencia, en el momento en que abraza a su hijo. O hijos.

Fue en Hanói, en mayo de 1968, donde adquirí el primer objeto< chino por mi cuenta. Se trataba de un par de zapatillas de lona verde y blanca, con la leyenda “Made in China” estampada en relieve sobre la suela de goma.

Circulando por Pnom Penh en un rickshaw, en abril de 1968, recordé la fotografía que conservo de mi padre en un rickshaw de Tientsin, tomada en 1931. Parece satisfecho, juvenil, tímido, distraído. Mira en dirección a la cámara.

Una incursión en la historia de mi familia. Me han contado que a los chinos les complace descubrir que un visitante proveniente de Europa o Norteamérica tiene algún vínculo con la China de preguerra. Objeción: Mis padres estaban alineados en el bando enemigo. Afable, sofisticada respuesta china: Pero es que todos los extranjeros que residían en China en aquella época estaban alineados en el bando enemigo.

La Condition Humaine se titula en inglés Man's Fate [El destino del hombre]. No es convincente.

Siempre me han gustado los huevos centenarios. (Son huevos de pato, de aproximadamente dos años, tiempo que tardan en convertirse en un exquisito queso verde y negro translúcido.

—Siempre deseé que tuvieran cien años de antigüedad.

Imaginaos en qué podrían haberse transformado

para entonces.)

En los restaurantes de Nueva York y San Francisco pido a menudo una ración. Los camareros preguntan en su precario inglés si sé lo que estoy pidiendo. Afirmando que sí. Los camareros se van. Cuando llega el plato, les cuento a mis compañeros de mesa lo deliciosos que son, pero siempre termino por comer sola todos los pedazos. A todos mis amigos les repugna su aspecto.

P. ¿Acaso David no probó los huevos? ¿Más de una vez?

R. Sí. Para complacerme.

Peregrinación.

No vuelvo al lugar donde nací, sino al lugar donde fui concebida.

Cuando tenía cuatro años, el socio de mi padre, el señor Chen, me enseñó a comer con palillos. Durante su primer y único viaje a Estados Unidos. Dijo que yo parecía china.

comida china

tortura china

cortesía china

M. me miraba con aprobación. Todos volvieron en el barco juntos.

China era una suma de objetos. Y de ausencia. M. tenía una vaporosa túnica de seda de color dorado mostaza que había pertenecido a una dama de compañía de la corte de la Emperatriz Viuda, según decía.

Y de disciplina. Y de espíritu taciturno.

¿A qué se dedicaba la gente en China en aquella época? Mi padre y mi madre haciendo de Gran Gatsby y Daisy dentro del Protectorado británico; Mao Tse-tung, miles de kilómetros tierra adentro, marchando, marchando, marchando, marchando, marchando, marchando. En las ciudades, millones de enjutos culis fumando opio, arrastrando rickshaws, orinando en las aceras, dejándose maltratar por los extranjeros y atormentar por las moscas.

“Rusos blancos” ilocalizables, albinos que cabeceaban sobre los samovares tal como yo los imaginaba cuando tenía cinco años. Imaginaba a los bóxers alzando sus pesados guantes de cuero para desviar las descargas de plomo de los cañones Krupp. No es extraño que los derrotaran.

Miro en una enciclopedia una fotografía cuyo pie dice así: “Recuerdo de un grupo de occidentales con los cadáveres de bóxers torturados. Honghong. 1899”. En primer plano, una hilera de cuerpos chinos decapitados cuyas cabezas han rodado a cierta distancia: no siempre está claro a qué cuerpo pertenece cada cabeza. Siete hombres blancos están de pie tras ellos, y posan para la cámara. Dos lucen sus sombreros de exploradores y un tercero sostiene el suyo a su derecha. En las aguas aparentemente poco profundas que tienen a sus espaldas, varios sampanes. El comienzo de una aldea a la izquierda. En el fondo, montañas ligeramente salpicadas de nieve.

—Los hombres sonríen.

—Indudablemente quien toma la fotografía es un octavo

occidental, amigo de los otros.

Shanghái huele a incienso, pólvora y estiércol. Un senador estadounidense (de Misuri) a comienzos de siglo: “Con la ayuda de Dios, levantaraemos Shanghái más y más hasta colocarla a la altura de Kansas City”. Un búfalo a finales de la década de 1930, destripado por las bayonetas de los soldados invasores japoneses, gimiendo en las calles de Tientsin.

Fuera de las pestilentes ciudades, aquí y allá, un sabio se acucilla en el corazón de

una montaña verde. Grandes extensiones de delicado paisaje separan a cada sabio de su colega más próximo. Todos los sabios son ancianos, pero no todos son lo bastante hirsutos como para dejarse crecer barbas blancas.

Señores de la guerra, terratenientes; mandarines, concubinas. Veteranos en China. Tigres voladores.

Palabras que son imágenes. Teatro de sombras. Tempestad sobre Asia.

VI

Me interesa la sabiduría. Me interesan las murallas. China es célebre por ambas cosas.

Del artículo sobre China que figura en la *Encyclopaedia Universalis* (vol. 4, París, 1968, p. 306): “Dans les conversations, on aime toujours les successions de courtes phrases dont chacune est induite de la précédente, selon la méthode chinoise traditionnelle de raisonnement”.

La vida vivida mediante citas. En China, el arte de la cita ha llegado a su apogeo. Sirve de guía en todas las actividades.

En China hay una mujer de veintinueve años que tiene el pie derecho en la pierna izquierda. Se llama Tsui Wen Shi. El accidente de tren que le costó la pierna derecha y el pie izquierdo ocurrió en enero de 1972. La operación que le injertó el pie derecho en la pierna izquierda tuvo lugar en Pekín y fue realizada, según el *Diario del Pueblo*, “utilizando como guía la línea proletaria del presidente Mao en cuestiones de salud, pero también gracias a avanzadas técnicas quirúrgicas”.

—El artículo del diario explica por qué los cirujanos no

injertaron nuevamente el pie izquierdo en la pierna

izquierda: los huesos del pie izquierdo estaban triturados,

mientras que el pie derecho estaba intacto.

—No se pide al lector que acepte nada como artículo de fe.

No se trata de un milagro quirúrgico.

Contemplo la fotografía de Tsui Wen Shi, sentada en posición erguida sobre una mesa cubierta con un lienzo blanco, sonriente, sosteniendo con las manos su rodilla izquierda doblada.

Su pie derecho es muy grande.

Todas las moscas han desaparecido, fueron eliminadas hace veinte años durante la Gran Campaña de Exterminio de Moscas. Los intelectuales que, después de practicar su autocrítica, fueron enviados a las zonas rurales para que se reeducaran compartiendo la suerte de los campesinos vuelven a ocupar sus puestos en Shanghái, Pekín y Cantón.

La sabiduría se ha vuelto más sencilla, más practicable. Más horizontal. Los huesos de los sabios se blanquean en las cuevas de la montaña y las ciudades están limpias. La gente está ansiosa por decir su verdad, al unísono.

Las mujeres, que desde hace mucho tiempo ya no se comprimen los pies, celebran reuniones para “comentar su amargura” hacia los hombres. Los niños recitan cuentos de hadas antimperialistas. Los soldados eligen y destituyen a sus oficiales. Las minorías étnicas disfrutan de un permiso limitado para cultivar su folclore. Chou En-lai continúa siendo esbelto y atractivo como Tyrone Power, pero ahora Mao Tse-tung se parece al rollizo Buda bajo la pantalla de la lámpara. Todos están muy tranquilos.

VII

Hace veinte años que me prometo hacer tres cosas antes de morir:

—escalar el Matterhorn

—aprender a tocar el clavicordio

—estudiar chino

Quizá no sea demasiado tarde para escalar el Matterhorn. (¿Tal como Mao Tse-tung nadaba, didácticamente anciano, once millas aguas abajo por el Yang-Tse?) Mis pulmones, que provocaron tantas preocupaciones, son más resistentes ahora que cuando era adolescente.

Richard Mallory desapareció para siempre detrás de una nube inmensa, precisamente cuando se le vio aproximarse a la cima. Mi padre, tuberculoso, jamás volvió de China.

Nunca dudé que algún día iría a China. Aun cuando para un norteamericano se hizo difícil ir, incluso imposible.

—Estaba tan confiada que nunca pensé en convertir dicho

viaje en uno de mis tres proyectos.

David lleva el anillo de mi padre. El anillo, un pañuelo de seda blanca con las iniciales de mi padre bordadas en hilo negro de seda y una billetera de piel de cerdo con su nombre estampado por dentro en pequeñas letras de oro son los únicos bienes suyos que conservo en mi poder. No sé cómo era su letra, ni siquiera su firma. El sello plano de su anillo también lleva sus iniciales.

—Es sorprendente que encaje exactamente en el dedo

de David.

Ocho variables:

rickshaw

mi hijo

mi padre

el anillo de mi padre

muerte

China

optimismo

chaquetas de tela azul

La cantidad de posibilidades aquí encerradas es impresionante: épica, patética. Tónica.

También tengo algunas fotos, tomadas en su totalidad antes de mi nacimiento. En rickshaws, sobre camellos y cubiertas de barcos, frente a la muralla de la Ciudad Prohibida. Solo. Con su amante. Con M. Con sus dos socios: el señor Chen y el ruso blanco.

Es opresivo tener un padre invisible.

P. ¿Acaso David no tiene también un padre invisible?

R. Sí, pero el padre de David no es un muchacho muerto.

Mi padre no cesa de rejuvenecer. (Ignoro dónde está sepultado. M. dice que lo olvidó.)

Un dolor inconcluso que podría, solo podría, desaparecer dentro de la interminable sonrisa china.

VIII

El más exótico de los lugares.

China no es uno de esos lugares adonde yo al menos iría únicamente por mi propia voluntad.

Mis padres optaron por no traerme a China. Tuve que esperar a que el gobierno me invitara.

—Otro gobierno.

Entretanto, mientras yo esperaba, sobre su China, la China de las coletas y de Chiang Kai-shek, y la de más habitantes que los que era posible contar, había sido injertada la China del optimismo, la del futuro deslumbrante, la de más habitantes que los que era posible contar, la de las chaquetas de tela azul y las gorras con visera.

Concepción, preconcepción.

¿Qué concepción de este viaje puedo tener por anticipado?

¿Un viaje en busca de esclarecimiento político?

—¿“Notas para la definición de la Revolución Cultural”?

Sí. Pero asentada sobre conjeturas, vivificada por falacias. Puesto que no entiendo el idioma. Ya soy seis años mayor de lo que era mi padre cuando murió, y no he escalado el Matterhorn ni he aprendido a tocar el clavicordio ni he estudiado chino.

¿Un viaje capaz de mitigar un dolor íntimo?

En tal caso, el dolor será mitigado voluntariamente: porque deseo dejar de padecer. La muerte es irreversible, innegociable. No inasimilable. Pero ¿quién asimila a quién? “Todos los hombres deben morir, pero el sentido de la muerte puede variar. El antiguo escritor chino Szuma Chien dijo: ‘Aunque la muerte sobreviene a todos los hombres por igual, puede ser más pesada que el monte Tai o más ligera que una pluma’.”

—Esta no es la totalidad de la breve cita que aparece en

Citas del presidente Mao Tse-tung, pero por ahora

me basta.

—Advierte que incluso en esta cita abreviada de Mao

Tse-tung hay una cita dentro de una cita.

—La frase final omitida de la cita aclara que la muerte

deseable es la pesada, no la ligera.

Murió muy lejos. Al rememorar la muerte de mi padre lo hago más pesado. Lo sepultaré yo misma.

Visitaré un lugar totalmente distinto de mí. No es necesario decidir de antemano si es el futuro o el pasado.

Lo que hace diferentes a los chinos es el hecho de que viven simultáneamente en el pasado y en el futuro.

Hipótesis. Los individuos que parecen realmente excepcionales dan la impresión de pertenecer a otra época. (Ya sea a una época del pasado o, sencillamente, del futuro.) Nadie extraordinario parece ser cabalmente contemporáneo. Las personas que son contemporáneas no parecen ser absolutamente nada:

son invisibles.

El moralismo es la herencia del pasado, gobierna el ámbito del futuro. Vacilamos. Recelosos, irónicos, desilusionados. ¡Este presente se ha convertido en un puente muy difícil! Cuántos, cuántos viajes debemos emprender para no estar huecos ni ser invisibles.

IX

De El gran Gatsby, p. 2: “Cuando regresé del Este el otoño pasado, sentí que deseaba que el mundo estuviera uniformado y en una especie de permanente alerta moral; no quería más excursiones tumultuosas con visiones privilegiadas del corazón humano”.

—Se trata de otro “Este”, pero no importa. La cita es pertinente.

—Fitzgerald se refería a Nueva York, no a China.

—(Es mucho lo que se puede decir del “descubrimiento de la

función moderna de la cita”, que Hannah Arendt atribuyó

a Walter Benjamin en su ensayo “Walter Benjamin”.

—Datos:

un escritor

alguien brillante

un alemán [o sea, un judío berlinés]

un refugiado

murió en la frontera franco-española en 1940

—A Benjamin, sumad Mao Tse-tung y Godard.)

“Cuando regresé del Este el otoño pasado, sentí que deseaba que el mundo...” ¿Por qué el mundo no habría de estar en alerta moral? Pobre mundo maltrecho.

Primera mitad de la segunda cita del anónimo sabio austrojudío refugiado que murió en Estados Unidos: “El hombre como tal es el problema de nuestro tiempo; los problemas de los individuos se están esfumando e incluso están prohibidos, moralmente prohibidos”.

No se trata de que tema volverme simple al viajar a China. La verdad es simple.

Me llevarán a visitar fábricas, escuelas, granjas colectivas, hospitales, museos, presas. Habrá banquetes y ballets. Nunca estaré sola. Sonreiré a menudo (aunque no entiendo el chino).

Segunda mitad de la cita no identificada: “El problema personal del individuo se ha convertido en motivo de risa para los dioses, y razón tienen para ser despiadados”.

“Combatid el individualismo”, dice el presidente Mao. Moralista magistral.

En otro tiempo, China significaba el colmo de los refinamientos: en cerámica, crueldad, astrología, modales, alimentación, erotismo, pintura de paisajes, la relación entre el pensamiento y el signo escrito. Ahora China significa el colmo de la simplificación.

No me desanima, imaginándome China la víspera de mi partida rumbo a ese país, todo

lo que se dice de la bondad. Ser demasiado buena no es algo que me inquiete, como le sucede a toda la gente que conozco.

—Como si la bondad llevara aparejada una pérdida de energía, de individualidad;

—en los hombres, una pérdida de virilidad.

“Los buenos llegan los últimos”. Proverbio norteamericano.

“No es difícil hacer un poco de bien. Lo difícil es hacer el bien durante toda la vida y nunca hacer nada malo...” (Citas del presidente Mao Tse-tung, edición Bantam de bolsillo, p. 141.)

Un mundo atestado de culis y concubinas oprimidos. De crueles terratenientes. De mandarines arrogantes, cruzados de brazos, con sus largas uñas enfundadas en las anchas mangas de sus túnicas. Todos transformándose, apaciblemente, en Girl Scouts & Boy Scouts Celestiales a medida que la Estrella Roja se remonta sobre China.

¿Por qué no querer ser bueno?

Pero para ser bueno hay que ser más simple. Más simple, como en un retorno a los orígenes. Más simple, como en un gran olvido.

X

Una vez, al dejar China de regreso a Estados Unidos para visitar a su hija (o hijas), mi padre y M. cogieron el tren. En el Transiberiano, donde pasaron diez días sin vagón comedor, cocinaban en su compartimento sobre un hornillo Sterno. Como una sola bocanada de humo de cigarrillo bastaba para provocar un ataque de asma a mi padre, M., que fuma, probablemente pasaba mucho tiempo en el pasillo.

—Esto lo imagino. M. nunca me lo dijo, aunque sí me contó

la siguiente anécdota.

Después de atravesar la Rusia de Stalin, M. quiso apearse cuando el tren se detuvo en Bialystok, donde había nacido su madre, fallecida en Los Ángeles cuando M. tenía catorce años. Pero en la década de 1930 las puertas de los vagones reservados para extranjeros se precintaban.

—El tren estuvo parado varias horas en la estación.

—Unas ancianas golpeaban el cristal helado de la ventanilla con la esperanza de venderles kvass tibio y naranjas.

—M. lloraba.

—Ella quería sentir bajo sus pies el suelo del lejano lugar natal de su madre. Una sola vez.

—No se lo permitieron. (Le advirtieron que si pedía una vez más que la dejaran apearse del tren durante un minuto, la arrestarían.)

—Ella lloraba.

—No me dijo que lloraba, pero sé que así fue. La veo.

Compasión. Legado de desdichas. Las mujeres se reúnen para charlar de sus amarguras. Yo he sentido amargura.

¿Por qué no querer ser bueno? El corazón cambia de parecer. (El corazón, el más exótico de los lugares.)

Si perdono a M., me libero. Después de todos estos años, ella no ha perdonado a su madre por haber muerto. Yo perdonaré a mi padre. Por haber muerto.

—¿Perdonará David al suyo? (No por haber muerto.) Que lo decida él.

“Los problemas de los individuos se están esfumando...”

XI

En alguna parte, en algún rincón de mi ser, siento desapego. Siempre he sentido desapego (en parte). Siempre.

—¿Desapego oriental?

—¿orgullo?

—¿miedo al dolor?

Respecto al dolor, he sido ingeniosa.

Cuando M. regresó a Estados Unidos procedente de China, a comienzos de 1939, dejó transcurrir varios meses antes de decirme que mi padre no volvería. Estaba a punto de acabar el primer curso, y mis compañeros de clase creían que había nacido en China. Cuando me invitó a entrar en el salón, comprendí que esa era una ocasión solemne.

—Dondequiera que mirase, al cambiar de postura en el sofá

de brocado, había budas que me distraían.

—Fue lacónica.

—No lloré durante mucho tiempo. Ya imaginaba cómo

anunciaría esa novedad a mis amigos.

—Me envió a jugar.

—Yo no creía realmente que mi padre estuviera muerto.

Queridísima M. No puedo telefonar. Tengo seis años. Mi pena cae como copos de nieve sobre el cálido suelo de tu indiferencia. Estás inhalando tu propio dolor.

La pena maduró. Mis pulmones se debilitaron. Mi voluntad se reforzó. Fuimos al desierto.

De *Le Potomak de Cocteau* (edición de 1919, p. 66): “Il était, dans la ville de Tien-Sin, un papillon”.

De alguna manera, mi padre había quedado abandonado en Tientsin. El hecho de que me hubieran concebido en China pasó a ser aún más importante.

Parece aún más importante viajar allí ahora. En este momento la historia complica mis razones personales, individuales. Las difumina, las desplaza, las aniquila. Gracias a los afanes de la figura más portentosa de la historia mundial desde Napoleón.

No languidezcaís. El dolor no es inevitable. Aplicad la gaya ciencia de Mao: “Permaneced unidos, alertas, entusiasmados y vivaces” (la misma edición, p. 81).

¿Qué significa “permaneced alertas”? ¿Cada persona alerta dentro de sí, eludiendo el zumbido de la colmena?

—Todo muy bien, si se exceptúa el riesgo de acumular demasiadas verdades.

—Pensad en el perjuicio del “permaneced unidos”.

El grado de alerta equivale al grado en que no se es holgazán, en que se evita la rutina. Permaneced alertas.

La verdad es simple, muy simple. Centrada. Pero la gente anhela otro alimento además de la verdad. Sus distorsiones privilegiadas, en la filosofía y en la literatura. Por ejemplo.

Yo respeto mis anhelos, y me impaciento con ellos.

“La literatura es solo la impaciencia del conocimiento”. (Tercera y última cita del sabio austrojudío anónimo que murió en Estados Unidos como refugiado.)

Ya en posesión de mi visado, estoy impaciente por partir rumbo a China. Por saber. ¿Me detendrá un conflicto con la literatura?

Un conflicto inexistente, según Mao Tse-tung en sus disertaciones de Yenán y demás escritos, si la literatura sirve al pueblo.

Pero las palabras nos gobiernan. (La literatura nos revela lo que les sucede a las palabras.) Más precisamente, nos gobiernan las citas. No solo en China, sino también en el resto del mundo. ¡Y ahora que no nos vengan con lo de la naturaleza transmisble del pasado! Desunid las oraciones, fracturad los recuerdos.

—Cuando mis recuerdos se convierten en consignas, ya no los necesito. Ya no creo en ellos.

—¿Otro embuste?

—¿Una verdad accidental?

La muerte no muere. Y los problemas de la literatura no se están esfumando...

XII

Después de atravesar el puente Luhu, que cruza el río Sham Chun entre Hong Kong y China, cogeré un tren en dirección a Cantón.

A partir de ese momento, estoy en manos de un comité. Mis anfitriones. Mis afables Virgilio burocráticos. Controlan mi itinerario. Saben lo que quieren que vea, lo que juzgan apropiado que vea; y no discutiré con ellos. Pero cuando me inviten a formular sugerencias adicionales, les diré: Cuanto más al norte, mejor. Me aproximaré más.

Detesto el frío. Mi infancia en el desierto me convirtió en una incorregible amante del calor, de los trópicos y los desiertos. Pero en este viaje estoy dispuesta a soportar tanto frío como sea necesario.

—China tiene desiertos fríos, como el de Gobi.

Viaje mítico.

Antes de que la injusticia y la responsabilidad se volvieran demasiado nítidas, y estridentes, los viajes míticos se hacían a lugares situados fuera de la historia. Al infierno, por ejemplo. Al país de los muertos.

Ahora esos viajes se hallan totalmente circunscritos por la historia. Viajes míticos a lugares consagrados por la historia de pueblos auténticos, y por la historia personal de cada cual.

El resultado es, inevitablemente, literatura. Literatura más que conocimiento.

El viaje como acumulación. El colonialismo del alma, de cualquier alma, por muy bienintencionada que sea.

—Por muy casta que sea, por muy propensa a la bondad

que sea.

En la frontera entre la literatura y el conocimiento, la orquesta del alma prorrumpe en una fuga sonora. El viajero vacila, tiembla. Tartamudea.

No os dejéis llevar por el pánico. Pero para continuar el viaje, ni colonialista ni nativo, se necesita ingenio. El viaje como desciframiento. El viaje como forma de liberarse de un peso. Llevo conmigo una maleta pequeña, ni máquina de escribir ni cámara fotográfica ni magnetófono. Con la esperanza de resistir la tentación de traer a mi regreso objetos chinos, por elegantes que sean, o recuerdos, por evocadores que sean. Cuando ya tengo tantos en mi cabeza.

¡Qué impaciente estoy por marcharme a China! Sin embargo, aun antes de salir, una parte de mí ya ha realizado el largo viaje que me lleva a su frontera, ha recorrido el país y ha vuelto a abandonarlo.

Después de atravesar a pie el puente Luhu, que cruza el río Sham Chun entre China y Hong Kong, me embarcaré en un avión rumbo a Honolulu.

—Donde tampoco he estado nunca.

—Una parada de pocos días. Después de tres años, estoy

extenuada por la inexistente literatura de cartas no

escritas y llamadas telefónicas no hechas que se cruzan

entre M. y yo.

Después de lo cual cojo otro avión. Rumbo a donde pueda estar sola: por lo menos, aislada del zumbido de la colmena. E incluso de las lágrimas de las cosas, tal como las entiende —ya sea con alivio o indiferencia— el corazón individual que se compadece a sí mismo interminablemente.

XIII

Atravesaré el puente Sham Chun en ambas direcciones.

¿Y después? Nadie se sorprende. Entonces viene la literatura.

—La impaciencia del conocimiento

—El dominio de una misma.

—La impaciencia volcada en el dominio de una misma

Consentiría gustosamente en permanecer callada. Pero entonces, ¡ay!, es difícil saber algo. Para renunciar a la literatura debería estar realmente segura de que podría saber. Certidumbre que demostraría groseramente mi ignorancia.

La literatura, pues. La literatura antes y después, si es necesario. Lo cual no me libera de las exigencias de tacto y humildad necesarias para este viaje sobredeterminado. Temo traicionar tantas declaraciones contradictorias.

La única solución: saber y no saber. Literatura y no literatura, utilizando los mismos signos verbales.

Entre los llamados románticos del siglo pasado, un viaje cristalizaba casi siempre en la producción de un libro. Se viajaba a Roma, Atenas, Jerusalén —y aún más allá— para

escribir al respecto.

Quizá escriba el libro sobre mi viaje a China antes de ir.